

Génova, Suiza y Olanda? ¿Para extinguir el Imperio Germánico, sojuzgar toda la Italia, desmembrar la Prusia y la Polonia; invadir el Austria, la Rusia y la Suecia, desolar la Europa, teñir los mares con sangre de los hombres, perseguirlos y exterminarlos en Africa, en Asia, y América? Españoles: nada ha omitido Bonaparte para insultar nuestra obediencia y lealtad á los Reyes, nuestra piedad y sumision á la Silla Apostólica. ¿Y quantas veces nos habrá beñado por esa virtud, llamándonos idiotas y fanáticos?

Quando la pluma de un Salustio presente á la posteridad el quadro horrible que solo he bosquejado, dudará de la fidelidad de su autor, y por más que repase la Conjuracion de Catilina, y la historia de los monstruos que han deshonorado la humanidad en todos los siglos y paises, no formará una induccion capaz de persuadirla lo que á nosotros mismos sorprende. Catilina, aunque de ilustre stirpe, no mereció el Consulado por sus atroces vicios; los de Godoy siendo mayores no le obstaron para ser exaltado de una pobre cuna á los empleos mas brillantes de la Monarquía española. Catilina se despecha sonrojado porque no obtuvo la dignidad que dos veces solicita; Godoy solo dexó de conseguir lo que despreciaba su ambicion y avaricia. Catilina fué declarado paricida y enemigo del pueblo, por el Senado y los Consules luego que traslucieron sus perversas maquinaciones; las de Godoy no se ignoraban en Madrid quando fué proclamado *Padre de la Patria*, lo respetaban y temian todos sus Ministros y dominaba el corazon de Carlos IV. *Los Galos*, dice Salustio, *enemigos implacables de Roma solicitados por los reveldes*, rehusan contribuir á sus designios, y aunque el Senado habia desatendido sus quejas contra las exacciones de los Magistrados, le revelan la conspiracion, y ponen en sus manos á los colegas de Catilina; el Emperador de los franceses íntimo amigo y aliado del Rey de España, estimula á Godoy á conspirar contra su Augusta Persona, le oculta la conjuracion y la protege con exércitos poderosos, sin los quales el traydor nada hubiera emprendido.

Esta perfidia excede en mucho á la de To-

lomeo con Pompeyo, aun reputándola Lúcio Floro por el *sumo crimen cometido en la guerra civil*. Derrotado por Cesar en Farsalia y abandonado de sus legiones, se refugia en Egipto confiado en la proteccion de Tolomeo, á quien antes habia favorecido. El ingrato Rey olvida quanto le debe, juzga complacer al vencedor, presentándole la cabeza de Pompeyo. César la riega con sus lágrimas, y sucediendo la indignacion á la terneza, jura vengarla del asesinato. Entra en Egipto con su ejército victorioso, y Tolomeo desesperado y confundido se arroja y sepulta en las aguas del Nilo.

Reyes, Príncipes de la Europa y de todo el mundo: Bonaparte os presenta en el centro de la Francia, no á un extranero advenedizo que implora su clemencia, sino á Fernando VII su fiel amigo que exige la vuestra. Allí le ha conducido, no con la magestad y gloria que Carlos V introduxo en Madrid á Francisco I, sino cubriéndose de infamia y de oprobrio. Allí lo despoja de su trono, no por la fuerza de las armas, sino de la mas torpe traycion. Lo separa de sus vasallos, no le dexa un solo confidente, lo abandona á las mas tristes reflexiones, y lo entrega á los asesinatos que por su orden despedazaron al Duque de Enghien. ¿Y seréis menos sensibles á la suerte de vuestro hermano que Julio César á la de su enemigo? ¿Esperaréis á vengarlo despues que se vierta esa sangre inocente? ¿Confiaréis todavia en su alianza, en sus pactos, en sus mas solemnes juramentos? Escarmentad en el Rey de las Españas; precaved igual destino; unid vuestro poder y energia á la de una Nacion valerosa y magnánima; imitad su ejemplo, y reasumid vuestras provincias usurpadas y vuestra antigua dignidad. Si despreciais ocasion tan oportuna, esperad que volviendo sobre vosotros os despojará de la grandeza precaria que os ha dispensado, mientras convenga á sus secretos designios. ¿Lo dudais? Pues yo presumo que despues de haber admitido Bonaparte con la mayor impudencia que un adulador sacrilego le concediera una fuerza *todo-poderosa*, en un frenesí de su ambicion pretenderá renovar la guerra de los Titanes, escalar los cielos, y arrojar de su trono al mismo Dios.

Transportado de la mas ardiente lealtad discurría por extraños paises, mientras que la capital de mi patria clamaba por la presencia, la compasion y venganza de todos los españoles. Con engaños y cautelas se pretendió sacar de la Corte el 2 de Mayo al último resto de la familia Real: el pueblo lo resiste presintiendo el objeto de aquella general expatriacion; y Murat, el fiero Murat jefe de los áspides que esos incautos vecinos habian abrigado en su seno, vuelve contra ellos sus armas emponzoñadas; los acomete indefensos, los despedaza sin exceptuar sexos ni edades, y llena de sangre, de lágrimas, de luto y desesperacion todas las calles de Madrid. Habitadores de esa villa desolada, tomad los vestidos ensangrentados de vuestros padres, hijos y esposos, y como el Senado presentó al pueblo romano la túnica de Cesar teñida con su sangre, para exitarlo á indignacion contra los asesinos; corred vosotros todas las provincias de España, mostradles esos trofeos del valor y providad francesa, y decidles: *Compañeros, ved aqui una de las inauditas hazañas de aquel Héroe que arrebatava la admiracion de nuestro Rey Fernando*. Así protege á sus vasallos, así les restituye sus derechos, y los redime de la opresion y despotismo. Esta es la recompensa de nuestra confianza, de nuestra hospitalidad, y de los grandes sacrificios que por espacio de trece años nos han arruinado para sostener su trono vacilante, dilatar sus conquistas y victorias. ¡O negra, indigna retribucion! ¿Y miraréis con indiferencia la muerte alevosa de vuestros hermanos, el destierro de vuestro Rey, la usurpacion de su trono, la infidelidad y cobardia... Españoles: Murat reyna en Madrid por Bonaparte, y reynará muy pronto en toda España, sino preferís una muerte gloriosa á una vida infame.

¡Murat reyna en Madrid! repiten todos los pueblos de la Península con una voz mas horripunda que el bramido del leon, quando despedazándose restituye á sus miembros el vigor enervado. ¡Murat reyna en Madrid! pero su gobierno será efímero, no traspasará el recinto de esa villa sin ventura; y aunque la Europa entera humillada á los pies de Bonaparte, incline la cerviz para que le imponga un yugo

de hierro, la España, la magnánima España mas firme y erguida que la roca Tarpeya, arrojará con indignacion las cadenas que insidiosamente aproximaba á sus pies, empuñará el acero, y marchará impávida á redimir su Religion, su Rey, su libertad, y la de todo el Continente.

Este fué el voto unánime de las provincias que no estaban oprimidas por los franceses; y todas ellas simultáneamente, sin convenirse antes ni esperarse, impulsadas de aquel valor y lealtad que caracteriza á los españoles, concurrieron á un mismo fin empleando los propios medios. Asturias, cuyas montañas vibraron en ocasion muy semejante aquellos ardientes rayos que inflamaron al godo contra el sarraceno: Asturias, siempre la primera en fidelidad y patriotismo, tremola el pendon de su libertad nunca perdida, establece una Junta de gobierno, toma las armas, y vuela á repeler los invasores. Galicia la encuentra en su gloriosa carrera, y el reyno de Leon armado buscaba impaciente al comun enemigo Aragon y Valencia no les ceden en bravura, ni necesitaron oír su alarma. Los clamores exhalados en Madrid, fueron la señal de la insurreccion y venganza. ¡La percibieron tambien los quatro reynos de Andalucia, y erigen en Sevilla una Junta Suprema, reconocida inmediatamente por Extremadura y Castilla la nueva, concediéndole la autoridad de gobernarlos á nombre de Fernando VII mientras consiguen redimirlo á costa de su sangre y de los mayores sacrificios, ó hasta que la Nacion congregada en Cortes reasuma la Soberanía.

Estos heróyicos esfuerzos de los españoles han merecido la proteccion mas eficaz y enérgica del muy noble y generoso Jorge III y de todos sus vasallos. Superando á su rivalidad con la España, el bien que resultaría á la Europa y á todo el mundo deprimiendo y exterminando al *Géni desolador*, han franqueado con la mayor libertad armas, municiones, caudales, tropas, buques y quanto necesita la Península para su defensa, y para informar á estas Colonias de las calamidades que sufre y exigen sus auxilios. Con ellos, y la mas sincera alianza con Inglaterra, confundirá la España á todas las poten-

cias manifestandoles: que el machiavelismo de Bonaparte no es infalible; que la victoria no milita siempre baxo sus estandartes; y que ningun poder es suficiente para instalar un Rey cuando lo resiste una nacion armada.

El Génio tutelar de la española cubriendo con sus alas benéficas la Saavedra, Moñino, y Jovellanos los preservó de las cadenas, de los venenos, y de todas las insidias y rigores de un tyrano; para que fuesen su esperanza y consuelo en estos dias de confusion y abatimiento. El ilustre Saavedra es el alma, el espíritu vivificante de la Junta de Sevilla; el anciano y respetable Conde de Florida blanca, el inflexible Jovellanos, viven aun, y viven entre los españoles para inflamarlos y dirigirlos con los consejos de su sabiduría y prudencia. Si estos patriotas esclarecidos, que conocen mejor que otro alguno la situacion moral y política de la Península, os afirman que pueden defenderse; no lo dudeis: si trazan y combinan el plan de vuestras operaciones; executadlas: si os anuncian la victoria; prevenid los laureles. Mas estos no se cortan sino en el campo de Marte, cubriéndose de sangre y de polvo; no temais.

Cada pueblo de España es un monumento consagrado por las virtudes de vuestros ascendientes al Nímen de la guerra. Fuenterrabia desmantelada por seis minas y once mil cañonazos, será un padron eterno de la constancia invencible con que resistieron sesenta y nueve dias al ejército de Condé, derrotado al fin y perseguido hasta Francia por el Almirante de Castilla. Roncesvalles y sus gargantas fueron tan funestas á los franceses, como las Termopilas á los persas. Alfonso el Noble y Fernando el Católico los arrojaron de las Navarras. Don Juan de Austria les obliga á levantar el sitio de Lérida, recupera á Barcelona, y los expelle de toda la Cataluña: En la decisiva batalla de Villaviciosa no fueron Valdecañas, Aguilar, Torres, Armendariz, Velasco y otros españoles los que ciñeron las sienes de Felipe V con el laurel inmarcesible y la corona de España?

Si ascendemos á siglos mas remotos, no son ménos admirables las pruebas de su lealtad y patriotismo. Alfonso de Guzman ofrece la espada para degollar á su propio hijo, antes que

rendir la plaza de Tarifa. Las llanuras de Albelda y de las Navas serán tan gloriosas á la España, como las de Platéa y Marathon para la Grécia. Viriato y Sertório ¿quantas veces aumentaron las águilas romanas de las fertiles campiñas de la Bética y Lusitania? ¿Y quanta sangre no hizo derramar el Capitolio para privarlas de su independenciam y libertad? La misma Roma, y la fiera Cartágo ¿conseguieron acaso doblegar la cerviz de Sagunto y de Numancia? Esta última sin otros muros que el pecho de sus habitantes, desamparada de sus aliados y amigos, sin esperanza de socorro alguno, sola, confiada únicamente en su valor y fortaleza, sostuvo catorce años el sitio mas estrecho y activo que jamas pusieron los romanos. Al cabo de este tiempo exánimes por el hambre y los trabajos, convertidos los hombres en espectros, prefirieron las llamas á las cadenas, murieron libres antes que vivir esclavos.

Españoles: estos héroes han sido vuestros padres; si su ilustre sangre no ha degenerado en vuestras venas; si aspiráis á la gloria que han merecido; jurad sobre esas ruinas y cenizas respetadas de los siglos, y toda inflamada con el fuego sagrado del patriotismo; jurad, seguir su exemplo, imitar sus virtudes. Si alguno rehusa este voto, ó le violase, sea declarado traydor á la patria, indigno de nombre español, indigno de existir entre vosotros, y fulminad contra su memoria las imprecaciones mas terribles. ¡Plegue al cielo que vuestras manos no se tiñan en propia sangre! Reservad el acero, embotadlo en esos cobardes asesinos que aterrorizados por sus crímenes y vuestras virtudes marciales, tiemblan, huyen de vuestra presencia, y se refugian en las fortalezas que juzgan inexpugnables: semejantes al lobo audáz con el tímido rebaño á quien despedaza impune, y prontamente se refugia entre los montes y breñas inaccesibles. Purgad la Península de tales monstruos, acosadlos allende de los Pirineos, y perseguidlos hasta en sus propias cabernas. La espada de Murat, y aun la del mismo Napoleon, no merece ser colocada donde tan dignamente depositaron vuestros mayores la de Francisco I; sin embargo, este trofeo será para vosotros mas glorioso, que á los franceses esa propia espada rea-

sumida, no en el campo de batalla, como la adquirieron vuestros padres, sino con engaños y perfidias. Vengadlas todas; no dexéis las armas hasta redimir á Fernando nuestro legítimo y adorado Rey; restitúidlo á ese trono que él solo merece, por el derecho imprescriptible de la sangre, por sus amables virtudes, y por el voto constante y sincero de toda la Nacion. Purificad el sòlio de la Francia, profanado con los crímenes atroces del mas abominable usurpador. Romped las cadenas con que abrumba la Europa, y pretende dilatarlas por el resto del mundo. La Religion, la patria y la humanidad os esperan con los brazos tendidos para estrecharos en su seno, y adornar vuestra frente con la guirnalda victoriosa.

La América, la fidelísima América absorta de tanta gloria, sino pudiese por la distancia participar de vuestros triunfos, tendrá al ménos la complacencia de contribuir á ellos con sus auxilios y con los deseos mas eficaces. En Caracas, en la Havana y en toda la isla de Cuba, en Porto-ríco, en Cartagena, en ambas Floridas, en la provincia de Yucatán, en el reyno de México, y en toda la América septentrional ha sido ya proclamado Fernando VII con las mas extraordinarias demostraciones de lealtad y complacencia. Los pueblos situados desde el istmo de Panamá hasta el cabo de Hornos, tal vez manifestarán en este mismo instante los propios sentimientos de que estamos penetrados: sentimientos de amor, de fidelidad y júbilo por la exaltacion de Fernando VII; sentimientos de odio, de ira y de venganza por la felonía de Napoleon.

En vano ha pretendido sorprehendernos y seducirnos para conciliarse nuestra obediencia y respeto. Sus viles emisarios han excitado la indignacion pública en Caracas, en Veracruz y Puerto-ríco; y si el Gobierno de esa Isla lo ha preservado en una fortaleza del furor de un pueblo inviolablemente adicto á su Monarca, será sin duda para hacerle sufrir el castigo que imponen nuestras leyes á los sediciosos y traydores. En Veracruz profugó el comisario frances con la mayor velocidad ántes de ser visto, temiendo lo despedazaran y convirtieran en cenizas aquellos fieles vecinos, como lo executa-

ron en medio de una plaza, con los infames papales de Bonaparte que conducia para el reyno de México. Desista, pues, de nueva pretension sobre la América, y esté persuadido de que en lugar de oro y plata, de sumision y deferencia, no encontrará en toda ella sino balas y bayonetas y unos espíritus invenciblemente preparados contra sus pérfidas seducciones, y unos pechos de bronce que resistirán inflexibles sus esfuerzos; y si alguno fuere traspasado exhalará el último aliento pronunciando el nombre adorable de Fernando VII.

Los Pirineos serán el término de sus conquistas; mas si por una fatalidad inesperada, despues de anegar toda la España en propia y agena sangre, las dilatase hasta las columnas de Hercules, entonces ¡ó españoles, los que sobreviviereis á la ruina y desolacion de la madre patria! aquí encontraréis un asilo inaccesible á su espada exterminadora. Nuevos Enéas, libertad de ella y de las llamas á vuestros Anchises, Ascanios y Creusas; no expongais á la impiedad de los sucesores de Xatillon vuestras santas imagenes; salvadlas todas, y conducid esas sagradas reliquias á estas regiones mas feraces, mas ricas y dilatadas que las de la antigua Hesperia. Sus habitantes exceden en hospitalidad á los aborígenes; todos somos de un mismo idioma; todos observamos las propias leyes, y aquella divina Religion que tanto recomienda la ternera y caridad. Aquí encontraréis campiñas y collado siempre verdes, y que solo esperan brazos robustos y activos que rasguen sus entrañas, para ofrecer frutos mas útiles y preciosos que sus ricos metales.

En estos paises tan favorecidos de la Naturaleza conservaremos la Monarquía española, elevando su esclarecido solio sobre los tronos de Motezuma y de los Incas. Entonces, concluida la revolucion del grande año anunciada por el discípulo de Socrates, se renovarán los reynos de Saturno; y como los descendientes de Eneas, no cabiendo ya en el Lacio, y siendo aun mas estrecho para limitar su poder y su gloria, se dilataron por las vecinas comarcas, subyugaron la Grécia, y en las mismas cortes de Agamenon y de Aquiles vengaron la muerte de Priamo y la extincion de su Imperio; así

tambien los españoles multiplicados y engrandecidos con las producciones y preciosidades de estos vastísimos y fértiles países, volverán á la Europa, recuperarán la España, conquistarán la Francia, y si acaso existiese en ella la raza de Napoleon, será restituida á su primitivo ser, tan obscuro y desconocido como el caos de la nada.

Españoles americanos: apartemos de nuestra imaginacion exáltada unas ideas tan remotas, aunque muy alagüeñas; y fijémos la vista en la escena horrorosa que nos ofrece la España. El estampido del cañon, el ruido de las armas, los instrumentos bélicos, los clamores y alaridos de los moribundos resuenan por todas partes. No hay labradores, ni artesanos, ni comerciantes, ni alumnos de Minerva; todos siguen las banderas de Marte, y toda la Península es un campo de batalla: incendios, ruinas, sangre y cadáveres; ved aquí los únicos objetos que presenta. Nuestros padres, nuestros hijos, nuestros hermanos y amigos, yacen sepultados baxo su mismo triunfo. ¿Y no volaréis á sostener la gloria que han adquirido, á conservar sus laureles, y concluir la grande obra de nuestra redencion y libertad? Allí se vierte nuestra propia sangre; una mano páfida despoja de su trono al Monarca amable anhelando constantemente por toda la Nacion; se le priva de su presencia y de su autoridad en el momento que empezaba á romper las cadenas que por espacio de 18 años la habian agoviado y envilecido; nuestras leyes, y todos los derechos han sido vulnerados; la esclavitud mas ignominiosa está preparada á todos los españoles, despues de reducirlos á la indigencia y miseria; la Religion de nuestros mayores se ha profanado sacrilegamente; las esposas y aun las vírgenes sagradas estan expuestas á la brutalidad de un conquistador desalmado y voluptuoso; los Templos pueden ser convertidos en establos, y las formas consagradas (me horrorizo al presagiarlo) el Cuerpo de Jesucristo Sacramentado se volverá á presentar en sus mismos copones para que la devoren los caballos, como lo executaron en Tirlemont los impíos franceses. ¿Y qué causas puede haber mas justas para autorizar una guerra? ¿Ni qué estímulos mas po-

derosos para éxitarnos á concurrir á ella con nuestras personas y caudales?

Las personas no son tan necesarias, aunque sí muy dignas del mayor elogio. Quinientos mil hombres resueltos á defender quanto interesa á su existencia y tranquilidad, no pueden ser vencidos por ninguna potencia. Trescientos espartanos comprometidos á morir por salvar á su pueblo, fuéron bastantes para derrotar el ejército innumerable de Xerxes. Caudales para la subsistencia de esos valerosos patriotas, y para los trenes y armas de ejércitos tan numerosos y desprovistos, es quanto pide á nosotros la madre patria, y lo que podemos facilmente tributarle. La justicia y la gratitud exigen que dividamos con ella, lo que por ella misma disfrutamos. La paz con la Inglaterra, la libertad de los mares, la restauracion de nuestro comercio, es debida á la guerra con la Francia. De aquí es, que nuestros puertos se abren por las heridas que reciben los españoles; nuestros campos se fertilizan con su sangre; el valor de nuestros frutos se aumenta, porque ellos dexan de cultivar los suyos; nuestra gula y el luxo te sacia porque ellos están hambrientos y desnudos; y la América ya se lisonjea segura de las calamidades de una invasion, porque la España sufre todos los rigores de la guerra mas sangrienta.

La Isla de Cuba, aunque expuesta á un asedio mas que otras colonias españolas; y aunque por una omision, de que ya se arrepiente, dependa de ellas para satisfacer sus primeras necesidades, ni se ha intimidado con la fuerza de un enemigo dueño de los mares, ni ha sentido todas las privaciones que eran consiguientes á su defectuoso sistema de Agricultura. El vigilantísimo Xefe que tan dignamente la gobierna, ha empleado los medios mas eficaces para su defensa, subsistencia y prosperidad; y en las presentes circunstancias, tan extraordinarias é imprevistas en la Monarquía española, no han sido menos sensibles los testimonios de su fidelidad, prudencia, y prevision. Pero no es suficiente para la fidelidad de un pueblo que su Magistrado reuna aquellas virtudes cívicas que lo constituyen digno de dirigir á los hombres; es tambien necesario que los subditos concu-

ran con otras, sin las cuales no puede resultar el órden y armonía social. Confianza, respeto y obediencia á las Autoridades, concordia, honradez, humanidad y patriotismo entre los ciudadanos; ved aquí los vínculos poderosos que los estrechan de un modo indisoluble; que hacen innecesarias las mejores leyes; y que les concilian el temor y veneracion de los pueblos vecinos.

Havaneros: sin estas virtudes no podemos vivir tranquilos, ni gozar de las prosperidades que ofrece nuestro suelo, ni conservar la reputacion que hemos adquirido. Nuestra patria puede glorificarse de no haber dudado ni un solo instante que Fernando VII debia ser su legítimo Soberano: de todas las ciudades de la América solo Caracas lo proclamó antes que ella: sus hijos han sido los primeros que prefiriendo los peligros de la guerra á las comodidades de este país, han marchado á verter su sangre en España por redimirla y restaurar á su Rey; y sin embargo de la calamitosa situacion de esta Plaza, presenta ya algunos auxilios para socorrer á la Metrópoli. Repetid estas pruebas de vuestro patriotismo y lealtad; y sea una de las mas gloriosas, vuestra constante adhesion y obediencia al M. I. Xefe que nos preside. Sostenedlo con vuestros sufragios y esfuerzos en la silla que ocupa con tanto aplauso de los vecinos honrados, hasta que una autoridad reconocida por toda la Nacion, se digne remunerar su distinguido mérito elevando á mas alta dignidad.

Léjos de vosotros el espíritu de insurreccion y anarquía. Ahora mas que nunca respetad nuestras leyes y á sus Ministros: reunid vuestras fuerzas y votos por la pública tranquilidad. Sea una misma vuestra opinion, no discorden vuestros sentimientos, dirijanse todos á un propio fin, y este sea la mas íntima union entre todas las clases y pueblos de esta Colonia. Estrechad vuestras relaciones políticas y amistosas con las demas posesiones nacionales; principalmente con el reyno de México, cuyos subsidios nos son tan necesarios; pero nuestra posicion le es muy ventajosa para su defensa y comercio. Fomentad el vuestro: buscad este feraz suelo los grandes recursos que nos brinda para que no debamos nuestra conservacion á otros países, especialmente á los extrangeros; sus precarios auxilios establecen la inaccion y producen una dependencia ruinosa. El cultivo de aquellos frutos sin los cuales no podemos existir, sea preferido al de otros que solo aumentan las necesidades facticias. Ya habeis visto que su valor pende de mil circunstancias, que no está en vuestro arbitrio reuirlas, quando el consumo de los primeros alimentos no se sujeta al capricho de los hombres, sino á una exigencia constante de su naturaleza. Ella misma, y la Política os incitan á que mejoréis vuestra Agricultura, único mantantial de la abundancia y riqueza, y á que seáis mas industriosos y precavidos. ¡Feliz yo si estas ideas, que solo me es concedido insinuarlas, contribuyen á la prosperidad de mi patria!